

JACINTO BENAVENTE

EL AMOR ASUSTA

COMEDIA

en un acto y en prosa, original

SEGUNDA EDICIÓN

Copyright, by Jacinto Benavente, 1908

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1913

15

EL AMOR ASUSTA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

35

EL AMOR ASUSTA

COMEDIA

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

JACINTO BENAVENTE

Estrenada en el TEATRO LARA el día 10 de Enero de 1907

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

S. VELASCO IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, II DUF.

Teístono número 551

—
1913

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

EULALIA.....	SRTA. DOMUS.
FILOMENA.....	ALBA.
CÉSAR.....	SB. CALLE.
EL MARQUÉS DE FUENLABRADA.	SEPÚLVEDA.
CHACHITO.....	BARRAYCOA.
ARTURO.....	RUBIO.

La acción en un hotel de una playa francesa

Derecha é izquierda las del actor



ACTO UNICO

Habitación en un hotel en el mayor desorden. Baúles y objetos de viaje, vestidos y sombreros encima de todos los muebles

ESCENA PRIMERA

FILOMENA y ARTURO

- Art.** ¿Conque hoy es la marcha? ¿Hoy es la marcha?
- Fil.** ¿Decía usted...?
- Art.** La marcha. ¿Hoy, por fin?
- Fil.** ¡Ah!, si, hoy. Estaba di-traída. Mejor dicho, estoy loca. ¿Usted ve todo esto? Es la cuarta parte del equipaje. Y somos dos mujeres solas, es decir, la señorita, porque yo...
- Art.** Las señoras son las que necesitan más equipaje.
- Fil.** Y ahora cada cuatro días este mismo trajín; porque ya no paramos más de cuatro días en ninguna parte.
- Art.** ¿Y ahora van ustedes...?
- Fil.** Que yo recuerde, así por encima, de aquí á París, de París á Trouville, vuelta á París, de allí á Ostende, vuelta á París, de allí á Italia, vuelta á París, y de allí aquí otra vez...
- Art.** Mucho que me alegro, mucho.
- Fil.** Para principios de invierno. Mi señora dice

- que es cuando es el *ehic*, porque hay menos gente y más selecta, porque ahora hay de todo.
- Art. Siempre hay de todo. Ahora, que en invierno hay menos de todo. Aquí dejo la notita. (Dejando sobre el velador una bandeja pequeña con una factura.) No corre prisa. Como la señora la pidió...
- Fil. Ahora se está vistiendo.
- Art. Ya digo que no corre prisa. Cuando á la señora no le cause el menor trastorno. ¿La señora ha quedado contenta del servicio?
- Fil. Cualquiera sabe cuándo está contenta la señora. (Buscando por la escena y mirando en un librito de apuntaciones.) Me falta uno...
- Art. El hotel lo puede estar mejor frecuentado.
- Fil. ¿Me hace usted el favor?
- Art. ¡Ah! Usted perdone.
- Fil. Creí que estaba detrás de usted. Me falta uno...
- Art. ¿Qué le falta á usted?
- Fil. Un salto de cama.
- Art. No veo por aquí nada que pueda parecerse á un salto de cama, ó sea *peignoir* ó *deshabillé*. ¿No era eso?
- Fil. Por el estilo... (Consultando en el librito de apuntaciones.) Gasa rosa picada con garnitura de Irlanda sobre moaré viejo y zorro plateado. ¿Dónde estará? ¿Dónde estará?
- Art. Á lo mejor busca uno algo que tiene delante y no lo encuentra; es que está uno obcecado. Entonces no hay nada mejor que pensar en otra cosa, y de pronto se acuerda uno: son fenómenos.
- Fil. ¡Ay, sí! Ahora me acuerdo que está en el otro mundo.
- Art. ¿Lo ve usted? Ya me parecía muy fuerte que en el hotel se hubiera perdido nada, y mucho menos una prenda de señora. Estoy seguro de que saldrán ustedes del hotel sin que les falte nada. En el personal hay verdadera selección. Yo estoy aquí por la señora ministra de Holanda, y así toda la dependencia.
- Fil. ¿Me hace usted el favor? Me tapaba usted ese sombrero.

- Art.** Mire usted, yo creí que era el sombrero el que me tapaba á mí. En ese baúl ya no le cabrá á usted nada más. (Suena un timbre dentro dos ó tres veces.) Creeré que llaman.
- Fil.** Sí, sí; créalo usted.
- Art.** Debe ser en el 18. La señora ministra de Escandinavia, que ha perdido su perrito chino; se ha pasado la noche llorando. Ofrece quinientos francos al que le devuelva el perrito. ¡Vaya usted á saber dónde estará el perrito! Yo apostaré que se lo han robado. Me atrevería á decir dónde está.
- Fil.** Pues atrévase usted.
- Art.** Es muy delicado, porque se trata de otra señora que tenía mucho capricho por el perro. Ya sabe usted, cuando una señora tiene un capricho... Seguramente lo ha robado el negro.
- Fil.** ¿Qué negro?
- Art.** El criado de la otra señora. Yo he visto que el negro daba *marrons glacées* al perrito; pero como el perrito está harto de *marrons glacées*, no le hacía caso; pero vaya usted á saber de qué otros medios se habrá valido el negro; porque el perro mordía á todo el que se le acercaba: le ha enseñado la señora.
- Fil.** ¡Vaya una gracia!
- Art.** La señora ministra es muy original. Duerme en el suelo sobre una piel de oso blanco, y sin almohadas. Así es que se ha divorciado dos veces. Ya no llama. Se conoce que se ha cansado.
- Fil.** De seguro. Y descansará un ratito.
- Art.** Voy en seguida. Pero ya sé para lo que llama; y como el perro no ha parecido todavía, cuanto más tiempo conserve la esperanza. Si yo cogiera al negro por mi cuenta, parecería en seguida; pero puede haber un disgusto. Ya tiene usted listo su equipaje. Se ve que tiene usted costumbre. ¡Habrá usted hecho tantas veces la misma operación! (Filomena cierra el baúl que estaba haciendo, echando la llave) Es lo que tiene cuando se hace muchas veces lo mismo; se hace ya sin sentir. Voy á ver si es para lo que yo me figuro. Cuando la señora desee arreglar su notita,

no tiene más que llamar. Cuando no le moleste lo más mínimo. No corre prisa. (vase por el foro.)

ESCENA II

FILOMENA y EULALIA, que sale por la derecha con un cabás en la mano, y lo deja sobre el velador

- Eul. ¿Quién hablaba contigo?
Fil. El camarero, que ha traído la cuenta. Ahí está. (señalando al velador.)
Eul. ¡Y yo que no salía por creer que era alguien!
Fil. Pues, no, señorita; era el camarero.
Eul. ¿Como hablaba tanto!... ¿Qué te decía?
Fil. ¿Qué sé yo! Si la señorita cree que yo atiendo á otra cosa cuando estoy haciendo el equipaje... Ya está todo.
Eul. ¡Cuánto siento marcharme!
Fil. ¿Y por qué no se queda la señorita?
Eul. Ya lo sabes. Porque se han propuesto darme el verano. Se puede tolerar que la obsequien á una, que la galanteen, y tratándose de una mujer viuda como yo, hasta que pretendan casarse... con una; pero uno sólo ó dos lo más, y uno á uno. ¿Pero has visto desgracia como la mía? Es que son todos, y todos á un tiempo. Y me acosan, me asedian, no me dejan libre un momento.
Fil. Verdaderamente, la señorita ha sido la mujer de moda este año. ¡Pero no sé de qué se queja la señorita! Lo peor que le puede suceder á la señorita es volver á casarse.
Eul. Aunque yo lo pensara, no sé con quién. Casi todos son casados. Cuenta: el Conde...
Fil. ¿Qué simpático!
Eul. ¡No me hables! ¡Un hombre casado! Y su mujer cree que yo tengo la culpa de que su marido me haga la corte, y ha levantado una cruzada contra mí, y como está emparentada con lo mejor, todo son desaires. Tú sabes de sobra si yo he dado pie nunca para que el Conde insista en su persecución. ¡Con lo que yo quiero á su mujer! ¡La pobre Jesusa! Ya sabes que tuve que dejar de bañar-

me en la playa, con lo bien que me prueban los baños de mar, pero era un espectáculo; el Conde, empeñado en que yo me ahogaba á cada paso, y en que él había de salvarme la vida; más que á mí, parecía pretender la cruz de Beneficencia. Dos ó tres veces, quieras que no, me sacó en brazos, yo pataleando y él dando gritos: «¡Que se ahoga!, que se ahoga! ¡Si no es por mí, se ahoga!» Y la gente, ¡figúratel! Ya sabes cómo le pasieron: el Terranova.

Fil. Y otro mote que no puedo decirle á la señorita.

Eul. No quiero saberlo, alguna atrocidad. Ya me lo dirás otro día.

Fil. ¿Y el marqués de Fuenlabrada, señorita? Ese es viudo como la señorita, y es un buen partido.

Eul. ¿Viudo? Con sus dos hermanas y sus cuatro sobrinas, que son seis fieras en cuanto se figuran que el Marqués puede casarse; ahora, que es jefe de partido y va en camino de ser presidente. . . . Edas, que se desviven por figurar al lado del hermano y tío. . . . Además, el Marqués ya pasa de los cincuenta.

Fil. ¿Cree usted?... Pues mire la señorita, no los representa.

Eul. Ya te habrás fijado en que lleva bisoñé.

Fil. No lo hubiera creído; como tiene alguna cana que otra...

Eul. El Marqués es hombre de talento, y sabe que de ese modo es más verosímil. Ca la temporada que se encarga uno le manda poner cuatro ó cinco canas más.

Fil. Pues el Marqués también es constante.

Eul. ¡Un horror! Como que ha desatnido sus asuntos políticos. Hasta los periódicos hablan. ¿Has leído el *Gedeón* de esta semana?

Fil. Ya sabe la señorita que yo de los periódicos no leo más que la «Vida de Sociedad» y los «Sucesos».

Eul. Yo leo menos; pero cuando traen algo que puede molestar me lo mandan las amigas señalado con lápiz. Y de los asiduos queda otro: el hijo segundo de la marquesa del Buen Consejo, *Chachito*.

- Fil.** ¿Y por qué le llaman *Chachito*?
- Eul.** ¡Vaya usted á saber! La mitad de los nombres no tienen sentido común. Figúrate dónde iba yo con esa criatura, un bebé que debía estar en el colegio; lo peor es que su madre y su hermana, la marquesa de Santa Olalla, y toda la familia, creen que soy yo quien tiene la culpa, y sé que van diciendo horrores de mí. En resumidas cuentas, que me han hecho el verano imposible, y que huyo de aquí para no volver hasta que todos estén ya en Madrid.
- Fil.** ¿Y cree usted que en Madrid no será lo mismo?
- Eul.** En Madrid hay más distracciones; se les pasará.
- Fil.** Y serán otros. ¡La señorita es tan guapa...!
- Eul.** Hay muchas mujeres guapas, más guapas que yo, y las dejan tranquilas.
- Fil.** No lo crea la señorita. Eso es porque se sabe algo de ellas, y, claro, los demás se retraen; decídase la señorita por uno, y ya verá la señorita.
- Eul.** ¡Calla! ¡Calla! ¡Qué disparate! Yo no pienso ni quiero pensar en volver á casarme... Y otra cosa no se te habrá ocurrido; no has entrado ayer á mi servicio para no saber con quién tratas.
- Fil.** Ya lo sé, señorita. Tan buena como usted no he conocido más que otra señorita, y he servido siempre en muy buenas casas; pero ya sabe la señorita que pueden las casas ser muy buenas, y no ser tan buenas las señoras. Una cosa no quita la otra.

ESCENA III

DICHOS y ARTURO por el foro con una bandeja, y en ella dos ramos de flores, dos cartas, dos tarjetas y dos cajitas de bombones

- Art.** Con permiso de la señora. Todo esto me han entregado para la señora.
- Eul.** Ya ves, de ellos... Y cartas también. (Abriendo y leyendo las cartas.) Que ya saben mi fuga.

¡Mi fuga! Que será inútil, porque me seguirán al fin del mundo... Y serán capaces.

Art. (A Filomena.) Ya pareció el perrito.

Eul. ¿Decía usted...?

Art. Perdone la señora; le decía á la doncella de la señora que ya pareció el perro de la señora ministra de Escandinavia.

Eul. ¿Ese bicho tan horrible que lleva siempre?

Art. Sí, señora. No había sido el negro, como sospechaba; el negro es inocente... Pero, en efecto, había sido robado. Ahora se teme que esté envenenado, porque el animalito no levanta cabeza. Han avisado á un médico especialista.

Eul. ¿A un médico?

Art. Sí, señora; no es equivocación. Ya sé que lo natural era avisar á un veterinario, y que es hasta ofensivo avisar á un médico para un animal; pero la señora ministra lo pagará bien, y no habrá ofensa.

Fil. Dice que es una señora muy rara, que duerme en el suelo con un oso blanco.

Eul. ¿Y lo tiene en el hotel? ¡Qué miedo!

Art. Aquí, la doncella de la señora se confunde. Es la piel nada más, señora. Duerme en el suelo sobre una piel de oso blanco con su cabeza, con su boca abierta, con sus colmillos y sus cuatro patas con sus uñas...

Fil. ¡Yo me moría!

Art. Sin almohadas y con el balcón abierto: las señoras de los vecinos de enfrente ya se han quejado; pero como se trata de una ministra extranjera,.. Cuando una persona comete esas extravagancias, hay motivo para creer que esa persona está perturbada.

Eul. ¿Trajo usted la notita, verdad?

Art. Sí, señora. (Cogiendo la factura de encima del velador y entregándosela á Eulalia.) Aquí tiene la señora. No corre prisa; cuando á la señora no le cause el menor asomo de trastorno.

Eul. Ahora mismo. Espere usted. (Mirando la cuenta.) Son. . (Sacando billetes del cabás y dándoselos á Arturo.) Tome usted. Para usted lo que sobra. (Guarda el cabás en el armario de luna.)

Art. Muchísimas gracias. ¿La señora tiene que hacer alguna advertencia?

- Eul.** No. ¿Para qué?
Art. Se habrá fijado la señora en que el té y los helados del día veinticinco no figuran en los extraordinarios.
- Eul.** No me había fijado.
Art. La señora del hotel dió orden de que ese día no se cobrase ningún extraordinario.
- Eul.** ¿Celebraba alguna fiesta?
Art. No, señora; era el primer aniversario de su marido, y quiso hacer alguna demostración de sentimiento. ¿La señora queda complacida de mis servicios?
- Eul.** Complacidísima.
Art. Ya sé que muy pronto tendré el gusto de volver á ofrecérselos á la señora.
- Eul.** Sí, muy pronto.
Art. ¿Manda otra cosa la señora?
Eul. Nada, nada.
Art. A la orden de la señora, muy agradecido á la señora. (Vase por el foro)
- Eul.** No se te olviden los números de estas habitaciones.
- Fil.** No, señora.
Eul. Para pedir otras á la vuelta, porque este camarero habla demasiado, y demasiado bien.
Fil. Debe ser persona fina. (Llaman á la puerta del foro.)
- Eul.** Adelante. (Sale Arturo por el foro con una tarjeta en una bandeja.) ¿Qué pasa?
Art. (Entregándole la tarjeta.) Este caballero pregunta si la señora puede recibirle ahora; que si no esperará, porque de ningún modo quiere dejar de despedirse de la señora.
- Eul.** ¿Qué espera á? No hay escape. Dígale usted que pase. (Vase Arturo por el foro.) Mira: dentro de tres ó cuatro minutos... de cinco minutos; pongamos cinco, entras á llamarme para cualquier cosa... cualquier cosa que se te ocurra. Un pretexto para despedirle pronto.
- Fil.** Ya pensaré algo; descuide la señora. (Vase por la izquierda.)

ESCENA IV

EULALIA y CESAR por el foro

- Eul.** ¡Cuánto tiempo sin vernos!... Dos horas lo menos.
- César** ¡Ingrata! ¡Ingrata! ¡Ingrata! ¿Conque se disponía usted á marcharse así, por sorpresa? Anoche me dejaba usted formar planes, acariciar esperanzas...
- Eul.** Porque acariciara usted algo.
- César** Y ya tenía usted preparada su fuga.
- Eul.** Poco á poco; no es fuga, es mi viaje, el que pensé siempre, anticipado, porque ustedes me han hecho la vida imposible.
- César** ¡Ustedes! ¡Ustedes! ¿Y tiene usted el valor de decirlo? ¿Usted sabe qué nombre tiene lo que ha hecho usted conmigo?
- Eul.** El que usted quiera; pero lo que han hecho ustedes sólo tiene uno muy expresivo.
- César** ¡Ustedes! ¡Ustedes! ¡Siempre ustedes! ¿De modo que yo soy para usted uno de tantos?
- Eul.** El primero de todos, el que me ha puesto más en evidencia. ¿Usted cree que un hombre casado puede hacer las tonterías que usted ha hecho, sin comprometer á una mujer horriblemente?
- César** ¿Y qué culpa tengo yo de ser casado?
- Eul.** La tendré yo, si á usted le parece. Su mujer de usted apenas me saluda.
- César** Es que no la ve á usted; es muy corta de vista.
- Eul.** Lo que le pasa es que no puede verme. Su suegra de usted, no digamos, esa me vuelve la espalda sin rodeos.
- César** ¡Qué suerte tiene usted!
- Eul.** Y todas sus relaciones han tomado partido por ella; todo por usted. ¿Qué necesidad tenía yo de indisponerme con media sociedad de Madrid? Convéznase usted; si eso es amor, es un amor que no me hace maldita la gracia ¡Vaya un veranito que me han dado ustedes, vaya un veranito!

- César** ¿Pero usted cree que se puede jugar con un hombre como usted ha jugado conmigo?
- Eul.** Yo no he jugado con usted más que á los caballitos, y ganaba usted siempre.
- César** Es natural; afortunado en el juego... Yo hubiera preferido perder, arruinarme...
- Eul.** Cuando juegue usted solo; á mí crea usted que me ha gustado mucho ganar.
- César** No desvíe usted la conversación. Hablábamos de nosotros, de la perversa coquetería de usted.
- Eul.** ¡Ah! ¿yo coqueta? Es lo único que me quedaba que oír. ¿Con quién he coqueteado yo? ¿Con usted?
- César** Con todo el mundo, y horriblemente: con ensañamiento, con alevosía, con la seguridad que da el no tener corazón.
- Eul.** ¡Ya! Para que ustedes digan que una mujer tiene corazón, es preciso que se enamore del primero que la pretenda; estamos divertidas.
- César** Es preciso que no se complazca en atormentar al que tiene la desgracia de enamorarse de ella. Amiga mía, es usted maestra en el *flirt*; es claro, juega usted con fuego, porque está usted segura de no quemarse: es usted de amianto; nunca he encontrado mérito en el valor de Aquiles, que se sabía era invulnerable.
- Eul.** Usted perdone; tenía vulnerable el talón.
- César** ¡Cualquiera sabe dónde tiene usted el talón!
- Eul.** Deje usted las imágenes. A propósito de imágenes: sus aficiones poéticas de usted, también han ayudado á comprometerme.
- César** ¿Se refiere usted á los últimos versos que he publicado?
- Eul.** Pero hombre, á una persona distinguida y de posición como usted, ¿quién le manda publicar versos?
- César** ¿También le molesta que yo sea artista? Esos versos son el único desahogo de mi corazón.
- Eul.** Pues eso es lo que me parece mal, el desahogo. ¿Usted crea que puede escribir esos versos un hombre casado como usted?
- César** En poesía no cuenta el matrimonio.

- Eul. Pero en el mundo sí; y todo el mundo ha visto muy claro en esos versos. Y luego la dedicatoria. A E. S. Si hubiera usted puesto el nombre... A E. S. A Eulalia Sobrado.
- César No sé por qué.
- Eul. Claro, no creará la gente que á E. S. es que iba usted persiguiendo á un ratero. (Sale Filomena por la izquierda.)
- Fil. Señorita, señorita...
- Eul. ¿Qué ocurre?
- Fil. ¿Puede usted venir un momento?
- Eul. Voy, voy... Con su permiso. Ya oye usted. (Vase Filomena por la izquierda.)
- César Sí: el Marqués que estará en esa otra habitación, ó *Chachito*.
- Eul. ¿Está usted loco? Si estuviera estaría aquí. ¿Piensa usted que yo escondo á la gente en los armarios?
- César En el modo de dar la muchacha el recado comprendí que había misterio.
- Eul. La muchacha es una simple. No debía de darle á usted satisfacción de ningún género; pero por una vez... ¡Filomena!... ¡Filomena! (Saliendo por la izquierda.) Señorita...
- Fil. Vamos á ver; ¿para qué llamabas? ¿Quién está ahí; La verdad, la verdad!
- Eul. ¿La verdad?
- Fil. Sí, sí.
- Fil. El señor marqués de Fuenlabrada.
- César ¿Eh? ¿Y ahora?
- Eul. (Bajo á Filomena.) ¡Imbécil! ¿No se te ha ocurrido otra cosa?
- Fil. Si es la verdad, señorita; si es que está ahí. Supo que estaba aquí el señor Conde, y se entró en esa habitación.
- César ¿Qué dice usted? ¡Si no había nadie! Si usted no oculta nada!
- Eul. El Marqués es por lo menos tan majadero como usted. Dile que venga aquí en seguida, dile que no sea ridículo.
- Fil. ¡Señorita!
- Eul. ¿Qué?
- Fil. Que yo no me atrevo á decirle que no sea ridículo.
- Eul. Eso lo digo yo; tú dile que pase. (Vase Filomena por la izquierda.)

César ¿De modo que no es posible hablar con usted á solas cinco minutos?
Eul. Eso digo yo; ni estar sola tampoco.
César El Marqués no la deja á usted ni á sol ni á sombra.
Eul. Es probable que él diga lo mismo de usted y por la misma causa.

ESCENA V

DICHOS y el MARQUES por la izquierda

Marq. ¡Eulalia!
Eul. ¡Querido amigo!
Marq. ¿Conque era cierto? ¿En tren de marcha?
Eul. Ya lo ve usted.
César ¿No le ofrece usted asiento?
Marq. Perdona, César; no te había visto.
César Bien, gracias.
Marq. Me alegro. ¿Y tu mujer y los chicos? Te pregunto por tu mujer.
César ¡Ah! Todos bien. ¿Y tus hermanas y tus sobrinitas? ¿Y esa famosa concentración? ¿Cuándo es el primer acto político, cuándo dais fe de vida? Dicen que andas muy distraído, que te birlaran la jfatura si te descuidas; no debes descuidarte; cuando se ha llegado donde tú, sería lastimoso que por hacer tonterías...
Marq. Te agradezco el interés.
Eul. Siéntese usted... Espere usted... No hay dónde.
Marq. No, deje usted, no mueva usted nada; me siento aquí. (Sentándose sobre el baúl mundo que hay á la izquierda.)
Eul. ¡Por Dios!
Marq. Estoy perfectamente.
César Puede parecer simbólico. ¡Sobre el mundo!
Eul. Por fortuna es sólido y no hundirá usted la tapa.
Marq. No soy tan pesado; ¿ó lo dice usted con intención?
Eul. Con intención ya se lo he dicho á usted muchas veces; no hay por qué repetirlo.
Marq. ¡Siempre burlonal!

- Eul. Ustedes lo dicen.
Marq. ¡Ingrata, ingrata, ingrata!
Eul. ¿Es el santo y seña?
Marq. ¿Eh?
Eul. Por nada; porque no oigo otra cosa.
Marq. ¿Recibió usted una flores?
Eul. Sí, y unos bombones; muchas gracias. (A César) Y á usted también; había olvidado...
César ¡Ha recibido usted tantos!...
Marq. Y todos iguales.
Eul. Las floristas tienen tan poca inventiva...
César No; yo lo encargué especialmente.
Marq. Y yo, y yo.
Eul. Entonces son ustedes los que tienen poca inventiva.
Marq. *Les grands sprits se recontrent.* ¿No es verdad, amigo César? (Levantándose.)
César Será eso.
Eul. Está usted incómodo, ¡claro!
Marq. No; es que me retiro. Temo ser indiscreto.
César Y yo, yo también.
Eul. Como ustedes quieran; no los detengo. ¿Hasta Madrid?
Marq. Usted lo dice.
Eul. (A César.) ¿Hasta Madrid?
César ¡No!
Eul. ¿Hasta la estación?
César ¡No!
Eul. ¿Hasta siempre entonces?
César Usted lo ha dicho.
Cha. (Dentro.) Que no es preciso, se lo aseguro á usted; para mí está siempre, siempre.
Eul. ¡Chachito!
Marq. ¡Chachito!
César ¿Chachito? Entonces no nos vamos.
Marq. No debemos irnos; creería que nos echaba.
Cha. (Dentro.) No sea usted pesado, que para mí está.
Eul. (Asomándose á la puerta del foro.) Sí, estoy, estoy. Adelante.
Cha. (Dentro.) ¿Lo ve usted? (Entrando por el foro.) ¡Eulalia!

ESCENA VI

DICHOS y CHACHITO por el foro

- Eul. ¡Ingrato, ingrato, ingrato!
Cha. ¿Eh?..
Eul. No le extrañe á usted. ¿No pensaba usted decírmelo á mí?
Cha. ¿Yo á usted? ¡Llamar á usted ingrata cuando sólo con dejarme gozar de su presencia ya me concede demasiado?
Eul. Aprendan ustedes galantería.
Cha. ¡Señores!... Marqués... César... Acabo de ver á tu mujer.
César Bueno, hombre; y yo á tu papá.
Eul. Pero siéntense ustedes.
Marq. No, no se moleste. Vuelvo á mi sitio.
Cha. ¡Es gracioso! Pues yo aquí. (Sentándose en el baúl que hay á la derecha.) ¡Qué original!
Eul. (A César.) Aun queda otro.
Cha. ¡Ja, ja! ¡Qué divertido!
César ¿Te parece?
Cha. Debíamos retratarnos.
César Sí; vale la pena de perpetuarse en esa postura.
Cha. ¡Yal Como tú eres el hombre correcto siempre, pues si le quitan á la vida un poco de fantasía, á mí me bastaría todo lo correcto; yo quiero ser original siempre. En casa están asustados conmigo por eso, por lo original; mamá lo dice siempre: ¿A quién demonios habrá salido este muchacho?
Marq. Y tu papá, ¿qué dice?
Cha. Lo mismo, lo mismo; que á quién demonios habré salido. Todo porque tengo personalidad; y basta con que una persona haga un día lo mismo que yo, para que yo no vuelva á hacerlo en mi vida.
Eul. ¡Qué trabajo!
Cha. No; pues usted es también original. Marcharse ahora, cuando viene todo el mundo.
Eul. Ahí tiene usted; soy de su opinión; la originalidad.

- Cha. Pero marcharse así...
- Eul. ¿Cómo así? ¿Me llevo algo?
- Cha. ¡Ay! ¿Se lleva algo? ¿Qué dicen ustedes?
- Marq. (Levantándose.) Eulalia, nos dijo usted que tenía que hacer todavía; estamos incomodando. ¿No les parece á ustedes?... (Bajo á Eulalia.) Aun la veré á usted. ¿Será posible que esté usted sola?
- Eul. Eso digo yo.
- Cha. ¡Vaya! Me echan ustedes.
- Marq. No; nosotros no.
- Cha. Dicen ustedes que incomodamos.
- Marq. Yo empleé el plural por costumbre parlamentaria; ya sabes, en los discursos siempre se dice: nosotros venimos aquí, nosotros estamos aquí... y nosotros nos vamos de aquí; pero tú, tú puedes quedarte.
- Cha. No, no... Eulalia, buen viaje.
- Eul. Lo mismo digo.
- Cha. ¡Ah! ¿Me dice usted eso? Eso es despedirme...
- Eul. Como usted viaja continuamente en su automóvil...
- Cha. ¡Ingrata! ¡Ingrata!
- Eul. Por fin lo dijo usted; parece mentira; usted, que quiere ser original.
- Marq. *Chachito*, que llevamos una hora despidiéndonos.
- César Sí, sí; somos muy pesados... ¡Eulalia!
- Marq. ¡Eulalia!
- Cha. ¡No, no me despido!... (Se dirigen los tres hacia la puerta, haciéndose los remolones; los tres quieren volver á hablar con Eulalia.)
- César (Dejando el paso á *Chachito*.) No, tú...
- Cha. Tú, tú...
- Marq. Ustedes, ustedes... (Se tropiezan.)
- César Perdona.
- Marq. Perdonad... ¿Vamos?
- César Vamos.
- Cha. Voy, voy... (Salen por el foro.)
- Eul. ¡Estoy divertida!

ESCENA VII

EULALIA y después ARTURO por el foro

- Art.** Con permiso de la señora.
Eul. ¡Oh! Este hombre también me persigue.
¿Qué hay?
- Art.** Debo una explicación á la señora.
Eul. ¿Una explicación?
Art. Yo sé muy bien que no debe permitirse entrar á nadie sin previo anuncio y sin previo permiso; pero ese caballero desconoce las formas en absoluto; porque me permití pedirle su nombre, casi llegó á ofenderme de obra; de palabra, no me permitiré repetir delante de la señora todo lo que me ha dicho: cuando una persona, aunque parezca un caballero, se conduce de esa manera, hay motivo para creer que esa persona está perturbada. Yo deseo que la señora así lo comprenda.
- Eul.** Sí, sí; lo comprendo.
Art. No podía por menos; la señora es una señora de sociedad.
- Eul.** Diga usted: ¿usted ha sido siempre camarero?
- Art.** Ya sé por qué lo pregunta la señora; la señora ha conocido, como todo el mundo, que yo no he nacido para esto. Si á mis padres les hubieran dicho cuando nací que no había de pasar de un triste camarero, es seguro que no me hubieran permitido venir á este mundo. Pero la vida es un puro contradictorio. ¿Manda algo más la señora?
- Eul.** Nada, nada.
Art. Sí, señora, sí; yo nací para los estudios. La señora se sorprendería si supiera todos los libros que yo he leído.
- Eul.** Ya se conoce, ya.
Art. La señora puede estar segura de que no permitiré que nadie pase sin ser anunciado. La doncella de la señora me ha manifestado que se marcha usted aburrída.
- Eul.** ¿Usted sabe...?

- Art.** Una señora debiera ser más respetada. La doncella de la señora puede decir á la señora lo que yo pienso de todo esto.
- Eul.** ¿Lo que usted piensa de qué?
- Art.** Del atrevimiento de esos señores y de la molestia de la señora. Hay personas que sin saber por qué despiertan desde luego la simpatía; la señora es de esas personas. Perdóne la señora mi atrevimiento. Ya me dijo la señora que no deseaba nada. (Vase por el foro.)

ESCENA VIII

EULALIA y FILOMENA

- Eul.** ¡Filomena! ¡Filomena!
- Fil.** (saliedo por la izquierda.) ¡Señorita!
- Eul.** ¿Está ya todo listo?
- Fil.** Todo, señorita; pero aun es temprano.
- Eul.** Ya lo sé. Oye, ¿qué has hablado con el camarero?
- Fil.** ¿Yo, señorita? El se lo ha hablado todo.
- Eul.** Ese camarero es extraordinario.
- Fil.** No tiene idea la señora. Habla el francés y el inglés como un extranjero; comprende el vascuence, y hay que oírle leer un periódico... Le da un sentido á todo...
- Eul.** ¿Y no te dijo algo de mí?
- Fil.** ¡Ah! Pues verá usted; me dejó pasmada, porque ese hombre sabe de todo. ¿La señorita quiere que esos señores la dejen tranquila?
- Eul.** No deseo otra cosa.
- Fil.** Pues en vez de hacerles desaires y desprecios, figúrese la señorita que es la señorita la que se ha enamorado de ellos como una loca, y está dispuesta á todo, á casarse, á escaparse, á todo..
- Eul.** ¡Qué disparate! Eso quisieran ellos.
- Fil.** No lo crea la señorita; los hombres son así. Mire la señorita: recuerdo yo una vez que iba yo muy de prisa á un recado, y un caballero muy bien puesto empezó á seguirme, y detrás, y detrás, y á mi lado, dándome

con el codo y diciéndome tonterías, y yo apretando el paso, y él sigue que te sigue; y me entraba yo en una tienda, y él se quedaba en el escaparate; y me subo á un tranvía y él se queda en la plataforma, y me paga el billete sin saber adónde iba, y por fin, me canso, y me da un repente y me acerco á él, y le digo: «No se canse usted, caballero; vamos ahora mismo adonde usted quiera.»

- Eul. ¡Mujer! ¡Qué atrevimiento!
- Fil. ¡Ca!... Verá la señorita. El hombre se me quedó medio turulado, y al cabo me dice: «El caso es que ahora tengo que hacer; dígame usted otra hora»; y yo entonces: «Pues si tiene usted que hacer, ¿por qué no lo hace usted y me deja usted en paz, *so tío?*» —perdone la señorita—; y el hombre da media vuelta, y hasta ahora. Ya ve la señorita cómo hice bien en ser desahogada.
- Eul. Es verdad; los hombres creen que las mujeres estamos para ser su juguete, para enamorarnos en sus ratos perdidos de ocio y de aburrimiento; pero si ven que puede ir de veras...
- Fil. Entonces casi todos dan media vuelta.
- Eul. ¿Y si no es así?
- Fil. Señal de que quieren de veras, y entonces ya es cosa de pensarlo.
- Eul. Sí, es cosa de pensarlo.
(Sale Arturo por el foro.)
- Art. Con permiso de la señora. El señor marqués de Fuenlabrada.
- Eul. El más á propósito para la prueba.
- Fil. ¿Se decide la señorita?
- Eul. Por divertirme.
- Art. (A Filomena.) La cuestión del perrito se complica. Ahora resulta que la señora le había dado morfina, y el perrito se ha vuelto loco. Ha llamado á consulta... (A Eulalia.) ¿Manda otra cosa la señora?
- Eul. No; que pase el señor Marqués. (Vase Arturo por el foro.) ¿Qué te decía?
- Fil. Nada; la historia de ese perro, que parece un crimen monstruoso; ahora resulta que está loco.

Eul. El camarero, ¿verdad? Ya lo decía yo.
Fil. No, señora; el perro.
Eul. ¡Ah! Me había asustado. Pase usted, Marqués; pase. (Abriendo la puerta del foro. Filomena se va por la izquierda.)

ESCENA IX

EULALIA y el MARQUES

Marq. (saliendo por el foro muy sofocado.) ¡Ah!
Eul. ¡Viene usted muy sofocado!
Marq. Pero llego el primero...
Eul. ¡Ah! ¿Es una carrera?
Marq. Creerían que me engañaban. Todos íbamos con la misma intención: volver, volver á verla á usted antes de su marcha. Me los llevé paseando hasta el faro.
Eul. Ya es un paseo.
Marq. Y allí les dí esquinazo; mejor dicho, me lo dieron ellos á mí. Ahora, que ellos todavía tardarán en dárselo el uno al otro. Y ahora, Eulalia, aprovechemos el tiempo. ¿Hasta cuándo piensa usted burlarse de mí? Burlarse, sí; porque usted misma comprenderá que alguna vez me ha dado usted esperanzas; que yo no soy pesado, como usted dice, sin motivo; que si usted desde luego me hubiera rechazado, yo no soy un chiquillo para no resignarme. Eulalia, Eulalia; yo estoy enamorado de usted como un... como usted quiera, ponga usted la palabra; yo no me conozco, no; no me conozco. ¡Ay! Yo nunca fuí joven; he luchado tanto en este mundo... no tuve tiempo de amar, y el amor llega, tal vez tarde, pero llega.
Eul. Digo lo mismo; que el amor llega y nunca llega tarde, y nunca llega en vano... Pero, ante todo. ¿es el amor?
Marq. ¿Usted lo duda?
Eul. ¡Hay tantas cosas que se le parecen! Un capricho, una vanidad, el mismo aburrimiento puede parecerse al amor. Al verdadero amor no se le conoce por lo que exige, sino

por lo que ofrece, y usted, hasta ahora, no ha hecho más que exigir.

Marq.

¿Yo?

Eul.

¡Sí, sí; usted me ha comprometido con una persecución que ha dado que hablar hasta en los periódicos, porque un hombre como usted no puede tener vida privada; á estas horas hay quien nos supone en relaciones, y siendo los dos libres, comprenda usted que esa suposición no me favorece en nada. Usted, en cambio, nada pierde; para usted es un triunfo, algo así como una votación ganada ó un distrito conseguido.

Marq.

Las comparaciones son odiosas: entre una votación ó un distrito y usted, hay abismos...

Eul.

Pues necesito ver el *terraplén*, amigo mío.

Marq.

Siempre ingeniosa, pero el ingenio ahoga el corazón... por eso es usted tan cruel.

Eul.

¡Que yo no tengo corazón! ¡Pobre de mí! Usted no sabe cómo soy yo capaz de querer.

Marq.

Eulalia... quiero saberlo.

Eul.

¿Esta usted dispuesto á casarse conmigo?

Marq.

¿Lo duda usted?

Eul.

He podido dudarlo, porque de todo me hablaba usted siempre menos de esa ligera formalidad.

Marq.

No había para qué hablar. Usted lo ha dicho: somos libres. Yo no podía haber pensado otra cosa.

Eul.

Podía usted haber pensado en que yo me contentaba con ser su amiga, la amiga del político influyente que abre á todo el mundo sus salones, donde se intriga, se reparten actas y credenciales. El papel es muy halagador para muchas mujeres; usted debe saberlo. Pero yo no soy nada ambiciosa, ni tampoco soy como sus hermanas de usted y sus sobrinitas, que cuando es usted ministro, hasta á la compra mandan con el coche del Ministerio.

Marq.

Es usted sarcástica.

Eul.

Es que, francamente, detesto á sus hermanas de usted y á sus sobrinitas.

Marq.

Es usted injusta; ellas la quieren á usted mucho.

- Eul.** Tengo noticias; pero, en fin, la familia es siempre respetable, no es la familia lo que yo deseo que usted me sacrifique.
- Marq.** ¿Pero necesita usted sacrificios como los dioses?
- Eul.** Sin ironía, Marqués, porque usted es el que me ha llamado diosa muchas veces.
- Marq.** Y no rectifico nada, y todos los sacrificios me parecen pocos.
- Eul.** En primer lugar, ¿está usted dispuesto á seguirme á París?
- Marq.** Al fin del mundo.
- Eul.** Pero ha de ser muy pronto. Allí nos casaremos discretamente, sin invitaciones, sin ruidos: la noticia en los periódicos, y nada más.
- Marq.** Ni la noticia si usted quiere.
- Eul.** ¡Ah! Eso sí. Yo quiero que se sepa. Al cabo de unos meses volvemos á Madrid ó no volvemos; nos instalamos en una de mis posesiones; tengo una preciosa en Andalucía, toda llena de naranjos, de.. hasta palmeras. Mi sueño dorado fué siempre vivir en ella.
- Marq.** Sí, sí; pero usted olvida que para el otoño se abrirán las Cortes, y...
- Eul.** ¡Ay, querido Marqués! Si ese es precisamente el sacrificio que yo exijo: nada de política; quiero vivir tranquila, completamente tranquila, sólo para mi marido, pero mi marido también para mí sola; la política es una rival temible: sus preocupaciones, sus luchas... No me divertiría que después de no estar nunca á mi lado, al volver á casa mi marido, desahogase conmigo el mal humor causado por las interrupciones del Congreso. Y luego los artículos violentos de oposición, las caricaturas ridículas...
- Marq.** Pero eso no tiene importancia...
- Eul.** Para mí, sí. Y los enemigos políticos que serían mis enemigos... yo que nunca los tuve...
- Marq.** Pero si ya no hay enemigos políticos...
- Eul.** Y nosotros mismos, que podríamos estar en desacuerdo muchas veces; en la cuestión de las Asociaciones, por ejemplo.

Marq. Ya sabe usted que en esa cuestión soy de los que se abstienen; tengo mi criterio.

Eul. Si á eso le llama usted tener criterio... Pero, en fin, ya lo sabe usted, acabó su carrera política, las ambiciones...

Marq. ¿Y usted cree que sólo por mí era yo ambicioso?

Eul. No me dirá usted que pensaba usted en mí la primera vez que fué usted diputado.

Marq. En usted, no, y en usted sí; pensaba en ella, en la mujer; realidad presente ó ilusión realizable; los hombres pensamos siempre en la mujer que ha de ser un día el verdadero premio de nuestros afanes.

Eul. Sí; querrá usted decirme que piensan ustedes en sus mujeres, presentes ó futuras, cuando se tiran ustedes los trastos á la cabeza en el Congreso.

Marq. Es que usted se engaña; yo sé que á usted, como á todas las mujeres, no puede por menos de halagarle una brillante posición.

Eul. ¿Pero usted cree que mi posición puede ser más brillante? Nadie me molesta, salvo los pretendientes. Si usted me cree ambiciosa, es que no me conoce usted, y mal puede estimarme; yo le estimo á usted mejor; le creo un hombre inteligente, de corazón; por eso mismo quiero que su inteligencia y su corazón sean para mí sola.

Marq. Pero mi partido, la patria... Eulalia, no hay que ser egoístas.

Eul. El cariño es siempre egoísta. ¿Usted me quiere como me dice, como me ha dicho usted un día y otro, soy la mujer soñada, la mujer inteligente de corazón? ¿No cree usted que basta á su felicidad?

Marq. Eulalia, ¡lo duda usted! .. Pero yo creía...

Eul. Sí; que el mejor modo de deslumbrarme era su posición política, la Presidencia... Usted no me conoce; yo soy sencilla como una pastora... El príncipe que llegue á enamorarme ha de dejar su corona á las puertas de mi cabaña; allí sólo quiero ser reina, pero reina absoluta de un reino, todo tranquilidad... ¿Vale ese sacrificio?

Marq. ¡Vale usted todos los sacrificios!

- Eul. Entonces...
- Marq. Entonces... iré á París si usted no prefiere quedarse.
- Eul. Mi viaje está dispuesto. Sería dar lugar á comentarios. Pero en París...
- Marq. En París..
- Art. (Saliendo por el foro.) El señor conde de San Procopio. No quería ser anunciado de ninguna manera. Es de lamentar cómo se pierde toda idea de corrección entre las personas más distinguidas.
- Eul. Que pase.
- (Vase Arturo por el foro.)
- Marq. Salgo por aquí; no quiero encontrarle... Aun la veré á usted en la estación... Seré yo el único...
- Eul. Seguramente... el único... Anunciaré al conde nuestros proyectos...
- Marq. No, no le diga usted nada... basta que comprenda... Hasta luego entonces...
- Eul. Hasta luego.
- (Vase el Marqués por la izquierda.)

ESCENA X

EULALIA y CESAR por el foro

- César. ¿Era el Marqués?... No se ha descuidado...
- Eul. Usted ganó el segundo premio.
- César. ¿Cómo?
- Eul. Sé que han corrido ustedes un *handicap*...
- César. El Marqués pretendía darnos esquinazo.
- Eul. Pues hay que confesar que lo ha conseguido. Y de *Chachito*, ¿qué hicieron ustedes?
- César. ¿Lo han arrojado al mar?
- César. Crea usted que si valieran las intenciones... No hay manera de hablar con usted más que en coro... Por supuesto, usted tiene la culpa; usted da á todo el mundo el mismo derecho; todo significa lo mismo para usted.
- Eul. Deje usted las recriminaciones. Es usted injusto sin saberlo, injusto y cruel...
- César. ¿Yo?

- Eul. Usted, sí; ¡si yo dejara hablar á mi corazón!
¿Cuál sería mi suerte?
- César Comprenderá usted por fin que yo, solo yo,
la quiero á usted con locura...
- Eul. Sí; usted sólo se olvida de todo por querer-
me, pero yo... yo no puedo olvidar... Yo
sólo podría querer á usted de una manera.
- César No hay más que una manera de querer.
- Eul. Olvidando y despreciando todo lo que no
sea nuestro cariño. ¿No es eso? ¿Quererse
siempre y para siempre!... ¿Pero es eso posi-
ble? No me juzgue usted una mujer sin co-
razón; yo sé que usted me quiere, yo sé que
es usted el único que ha conseguido intere-
sar mi corazón.
- César ¡Eulalia!... ¡Qué feliz soy!
- Eul. Estoy por encima de preocupaciones... Ten-
go derecho á disponer de mi corazón... ¿Pero
usted?...
- César El mío es de usted por entero.
- Eul. Sí, corazón, sí; pero su vida, ¿puede usted
disponer de ella libremente? ¡Si tuviera us-
ted ese valor! Entonces, sí... entonces para
siempre; pero media entre nosotros... Yo no
soy capaz de vivir una vida de mentiras;
acepto la responsabilidad de mis actos con
todas sus consecuencias. Si le quiero á us-
ted es para que todo el mundo lo sepa, para
que nadie pueda interponerse entre nos-
otros. ¿Me quiere usted á mí así?
- César ¿Puede usted dudarle? Se lo dije; no hay
mas que ese modo de querer.
- Eul. Entonces... ¿vendrá usted á París?
- César Al fin del mundo.
- Eul. Y desde allí, viajar, viajar siempre; lejos de
todo y de todos...
- César Sí, Eulalia, Eulalia; parece un sueño. ¿Por
qué calló usted tanto tiempo?
- Eul. Temí que usted retrocediera... y temía tanto
perderle...
- César ¿Cuánto tiempo piensa usted permanecer
en París?
- Eul. Muy pocos días.
- César Lo pregunto porque yo debo ir á Madrid;
tengo allí asuntos... Y acaso hasta fines de
mes no podría..

- Eul. ¡Qué contrariedad!
- César Son asuntos de intereses que no pueden arreglarse por carta; exigen mi presencia...
- Eul. Como ayer estaba usted dispuesto á seguirme hoy mismo á París...
- César Sí; pero era para unos días; ahora es para siempre.
- Eul. Es verdad, para siempre...; es natural que debe usted dejar arreglados sus asuntos; es como si fuera uno á morir, es otra vida que empieza... Entonces...
- César Entonces usted me esperará... Yo tardaré lo menos posible.
- Eul. Sí... sí...
- César ¿Por qué no me espera usted aquí?
- Eul. Imposible, anunciado ya mi viaje... y ya de acuerdo... ¿Cómo sabría usted disimular? La murmuración se desataría contra nosotros... Cuando sepan, que sea ya tarde.
- César Sí; es verdad.
- Eul. Y ahora, déjeme usted.
- César ¿Usted?
- Eul. Déjame.
- César ¡Ah!
- Eul. ¿Le veré á usted... te veré?
- César Me verás...
- Eul. ¿En la estación todavía?
- César Iré hasta Burdeos.
- Eul. ¡Por Dios, el tren llega á muy mala hora...; va usted á molestarse, vas á molestarte!
- César No le importe á usted, no te importe... Hasta luego. ¿Seré el único?
- Eul. El único.
- César ¡Mía sólo!
- Eul. De usted, de tú... ¡qué disparate! de ti...
- César ¡Seremos tan dichosos, Eulalia!...
- Eul. No, César; la mano.
- César ¡Soy el hombre más feliz de la tierra! ¡Tenía usted corazón!
- Eul. ¡Ay, demasiado! (vase César por el foro.) ¿Qué debo creer? Por lo pronto, ya tiene asuntos en Madrid. Mucho me engañaré si me acompaña siquiera hasta Burdeos. ¡Ah, los hombres, los hombres!... Buscan el amor mientras el amor no trastorna su vida...
- Cha. (Dentro.) Que para mí está siempre; no sea usted pesado. Es usted un majadero.

- Eul. *¡Chachito!*
Cha. Para que aprenda usted. ¿Está usted sola?
(Salen Chachito y Arturo disputando por el foro.)
- Eul. Sí. ¡Al fin solos!
Art. Con permiso de la señora.
Cha. Este camarero es insoportable.
Art. Quiero explicar una vez más á la señora que yo cumplo mi obligación. Este caballero me ha atropellado.
Cha. Claro que sí; y si no se marcha usted ahora mismo...
Art. Es á la señora á quien me dirijo; es de lamentar que persona, en apariencia distinguida, olvide la corrección hasta ese punto. La señora me dirá si este caballero puede pasar siempre.
Cha. ¡Claro que sí! ¿No ve usted que la señora está para mí siempre?
Eul. Sí, estoy siempre, y cuando no esté, permite usted á este caballero que lo registre todo.
Cha. ¡Eulalia!
Art. A las órdenes de la señora. (Vase Arturo por el foro.)
Cha. Este camarero... Voy á dar una queja. ¿No ve que nunca deja usted de recibirme? ¿Sería yo capaz de venir si supiera que no había usted de recibirme?
Eul. ¿Cómo no recibirle á usted?
Cha. He corrido más de lo que creía. Pensaba encontrar á César ó al Marqués ó á los dos.
Eul. Pues por haber corrido menos, no los encuentra usted.
Cha. ¡Cómo! ¿Han llegado antes? No es posible; si yo les di esquinazo y vine corriendo en el automóvil, y sólo me detuve un instante en el Casino, y otro con Facó Ibáñez, y otro á tomar un bock, y otro que me detuvo un agente por llevar demasiada velocidad y me tomó el número. Como estamos en Francia, no hay quien me quite la multa; en Madrid ya le hubiera dicho yo al agente... ¿Conque el Marqués y César se han anticipado? ¿Se han despedido ya de usted?
Eul. Sí, se han despedido.
Cha. Bien dijo el poeta: «Los últimos serán los primeros».

- Eul. ¿Está usted seguro de que fué un poeta?
Cha. Pues yo... yo también vengo...
Eul. Ya lo veo; á despedirse.
Cha. No, yo no me despido.
Eul. Es verdad. ¿Para qué? Volveremos á vernos tan pronto... Aunque yo, tal vez, no regrese á Madrid en todo el año.
Cha. Ni yo tampoco.
Eul. Pienso viajar.
Cha. Y yo también.
Eul. No conozco Italia.
Cha. Ni yo, ni yo; es más original no conocerla, pero en fin...
Eul. ¡Ahl ¿Piensa usted también ir á Italia?
Cha. No, yo no pienso nada, usted es la que piensa; yo no pienso más que seguirla á usted adonde usted vaya.
Eul. ¿Eh?
Cha. A París hoy mismo, y luego donde usted quiera.
Eul. Pero eso no es posible; no lo dice usted en serio.
Cha. ¿Que no? ¡Eulalia, usted es la única mujer que á mí me ha vuelto loco; usted no sabe lo que pasa por mí; yo no pienso más que en usted, yo estoy como tonto.
Eul. ¡Chachito!
Cha. ¡Pobre *Chachito!* Mire usted, mire usted cómo me he quedado. ¿Son éstos brazos, son éstas piernas? ¿Y el espíritu? Yo no como, yo no duermo, ya no hago más que tonterías.
Eul. Yo veo que hace usted su vida de siempre.
Cha. No, no; para mí no existe más que usted en el mundo; mis amigos, mis caballos, mis perros, todo me cansa, todo me fastidia.
Eul. ¡Pero *Chachito!*
Cha. ¡Pobre *Chachito!* Usted sabe que querían casarme con Inesita Montoya; he roto con toda la familia; anoche le hice un feo horrible en el Casino. Su hermano quiso desafiarme.
Eul. ¡Qué locura!
Cha. Usted sabe que papá quería enviarme de agregado á Copenhague; el Ministro me habló esta mañana, hice un feo al Ministro,

- ya no me saluda, y así con todo el mundo; no sé hacer más que groserías.
- Eul. Pues eso no puede continuar.
- Cha. Eso digo yo, y no continuará. Vea usted el *sleeping* para el exprés de esta tarde: me voy con usted, huyo con usted, donde usted vaya, donde usted me lleve.
- Eul. Poco á poco; eso es una persecución.
- Cha. Lo que usted quiera.
- Eul. ¡Qué dirían de mí! Su familia de usted, todo el mundo: usted es hijo de familia, usted no puede contar con medios para viajar así...
- Cha. Cuento, cuento. . Vea usted. Billetes, luises, cheques...
- Eul. ¿Pero qué ha hecho usted, criatura? Usted no puede tener ese dinero.
- Cha. He tenido suerte en el juego. Jugaba pensando en usted; una suerte loca; he vendido mi automóvil.
- Eul. ¿Su automóvil? De su papá de usted.
- Cha. Papá no tendrá más remedio que conformarse. Mi tío Eugenio me ha abierto crédito; tenía yo unas letras suyas...
- Eul. Pero usted quiere volver con los gendarmes, y yo con usted... Usted está loco...
- Cha. Ya se lo dije á usted.
- Eul. Pero es que yo no puedo consentirlo.
- Cha. Me pegaré un tiro. Aquí tengo el revólver y una carta en francés para el Comisario. Y estoy decidido. ¿Para qué quiero vivir si no vivo?
- Eul. ¡Chiquilladas!
- Cha. Lo que usted quiera; pero sólo á mi edad se quiere como yo quiero. Yo no sabía lo que era eso; yo no sabía que se podía querer así; esto es peor que una enfermedad. Usted me mata, usted es mi desesperación; yo no pienso más que barbaridades.
- Eul. Vamos, juicio, juicio; yo no le he dado á usted ocasión ni motivo para que usted haya podido tomar en serio todo esto. Usted se quedará aquí, usted hará las paces con Inesita, usted será agregado...
- Cha. No, no; no me conoce usted. Yo soy un carácter; yo la sigo á usted, ó de aquí sólo saldrá mi cadáver... Aquí en su presencia...

- Eul. Que no hable usted así ni en broma.
Cha. Que no es broma. Mire usted, por si me falta valor para el tiro. Estricnina...
- Eul. ¿De dónde ha sacado usted eso?
Cha. De envenenar las ratas en la cuadra.
Eul. Traiga usted esas porquerías, y el revólver y la carta.
- Cha. No, no. Usted no me conoce, Eulalia...; que yo estoy neurasténico, que yo tengo principios de anemia cerebral, que yo soy irreflexible.
- Eul. *Chachito, Chachito*; que pone usted unos ojos muy raros, que me da usted miedo...
- Cha. Pues sólo usted puede salvarme, sólo usted...
Eul. Que me da usted miedo. ¡Filomena! ¡Socorro!
- Cha. ¡Pero Eulalia!...
(Salen Filomena por la izquierda y Arturo por el foro con una bandeja y dos cartas.)
- Fil. ¿Qué quiere la señora?
Art. ¿Qué le ocurre á la señora?
Eul. Nada, nada. Espere usted. No te vayas.
Cha. ¿Le doy á usted miedo?
Eul. Sí, sí. Y ahora muy en serio. No piense usted en seguirme, ni en ese viaje, ni en locuras, porque ahora mismo voy á ver á su padre de usted. Nada le autoriza á usted para esos atrevimientos; yo no he coqueteado con usted, yo no puedo hacer caso de usted. Es usted un niño, un niño caprichoso, que cree usted que una mujer como yo es un juguete.
- Cha. ¡Eulalia, que yo no soy un niño!
Eul. Sí lo es usted; un bebé, *Chachito*... Y si quiere usted que no hable con su padre seriamente, no vuelva usted á hablarme de ese modo.
- Cha. ¿Me echa usted? ¿Me despide usted? ¿Me mata usted?
Eul. Lo que usted quiera; pero en su casa. Vaya usted, vaya usted, y bromuro, mucho bromuro.
- Cha. Lo que usted quiera; pero nadie la querrá á usted como yo la quiero; nadie hará por usted las locuras que yo habría hecho... Pensará usted en mí siempre, se acordará

- usted de mí siempre... ¡Pobre *Chachito!* (vase por el foro.)
- Fil. ¿Es que se había propasado?
- Art. ¿Le ha faltado al respeto a la señora? Siempre me pareció ese joven descompuesto y sin corrección alguna.
- Eul. ¡Ay, ay! ¡Qué nerviosa me he puesto, qué nerviosa estoy! Dame el frasco de sales. (Filomena se va por la derecha.)
- Art. Estas cartas han dejado para la señora.
- Eul. A ver. De los otros.. Muy finos, muy galantes, pero excusándose de bajar a la estación... de acompañarme hasta Burdeos. (sale Filomena con el frasco de sales por la derecha.) Ocupaciones, asuntos... ¡Qué bien dijiste, Filomena!
- Fil. Fué el camarero, señorita.
- Eul. Fué usted...
- Art. ¡Señora!
- Eul. Usted no es un cualquiera.
- Art. ¡Si la señora conociera mi historia!
- Eul. ¿Sí?
- Art. Sólo a la señora me atrevería hoy a descubrirme. ¿La señora recuerda la historia de la princesa Olga?
- Eul. ¿La princesa Olga? ¿La que dió tanto que hablar, que se fugó con un *maitre d'hôtel?*...
- Fil. Sí, me acuerdo; vino en los periódicos... Muy guapa ella.
- Art. Pues bien: él era yo..
- Eul. ¿Usted?
- Art. He cambiado mucho. Entonces tenía yo todo mi pelo, muy negro y muy rizado.. Fué la desgracia de toda mi vida.
- Fil. ¿De la de usted?
- Art. Sí; porque ella no dejó de ser princesa, y yo he vuelto a ser camarero. Aquí guardo los recortes de la Prensa; si la señora quiere entretenerse.. (Dándole un librito con recortes de periódicos pegados.)
- Eul. Sí, deme usted; será muy distraído.
- Art. Para el que lo lee... (suena dentro una detonación.)
- Eul. ¡Ay! ¿Qué ha sido eso? ¡Ese chico se ha pegado un tiro!
- Fil. ¡Sí; ha sido un tiro, un tiro!

- Art. ¡Voy á ver! (Vase por el foro.)
Eul. ¡Dios mio! ¡Qué remordimiento! ¡Qué locura!
¡Qué barbaridad!
- Fil. ¡Ha sido un tiro, un tiro!
Eul. ¡Qué barbaridad! ¡Qué barbaridad! Creí que
estaba loco, pero no tanto. ¡Qué remordi-
miento! ¡Qué remordimiento!
- Fil. Señorita, no se ponga usted así... (Sale Arturo
por el foro.)
Eul. ¿Qué?
Art. No, señora... Ha sido un neumático del au-
tomóvil ..
- Eul. ¡Ay!... Dame el frasco.
Art. Lo peor no ha sido eso. Lo peor es que al
salir ha atropellado al perro de la señora
ministra de Escandinavia. Le habían saca-
do al parque del hotel.
- Eul. ¿Y lo ha matado?
Art. Aun daba aullidos. Señal de que no había
muerto.
- Fil. Sí, sí; ¿no oyen ustedes? Aullan.
Art. No; esa es la señora. ¡Hay que oirla! Ese jo-
ven tenía que terminar por algún atropel-
lo... Con permiso de la señora, voy á hacer
las posibles reflexiones á la señora ministra.
Estará inconsolable. (Vase por el foro)
- Fil. ¿Se ha asustado mucho la señorita?
Eul. ¡Ay!... ¡Tienes razón! El amor asusta.
Fil. ¿Qué? ¿La dejarán á usted tranquila esos
señores?
- Eul. Me parece que sí. Creo haberlos asustado
con tanto amor de mi parte .. Pero el único
que me quería de verdad, el único que no
dudaba en seguirme y que habría hecho lo-
curas por mi cariño. . ese me ha asustado á
mí... Y me ha dejado triste, porque si el
mucho amor asusta de este modo... ¿qué
derecho tenemos á pedir amor?

TELON

Obras de Jacinto Benavente

PUBLICADAS EN TRECE VOLÚMENES, SEGÚN HAN SIDO
ESTRENADAS.—SE VENDEN Á 3,50 PESETAS CADA TOMO
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

- El nido ajeno*, comedia en tres actos.
Gente conocida, comedia en cuatro actos.
El marido de la Téllez, comedia en un acto.
De alivio (Monólogo).
Don Juan, comedia en cinco actos. (Traducción.)
La Farándula, comedia en dos actos.
La comida de las fieras, comedia en cuatro actos.
Cuento de amor comedia en tres actos.
Operación quirúrgica, comedia en un acto.
Despedida cruel, comedia en un acto.
La Gata de Angora, comedia en cuatro actos.
Por la herida, drama en un acto.
Modas, sainete en un acto.
Lo cursi, comedia en tres actos.
Sin querer, boceto en un acto.
Sacrificios, drama en tres actos.
La Gobernadora, comedia en tres actos.
El primo Román, comedia en tres actos.
Amor de amar, comedia en dos actos.
Libertad, comedia en tres actos. (Traducción.)
El tren de los maridos, comedia en dos actos.
Alma triunfante, comedia en tres actos.
El automóvil, comedia en dos actos.
La noche del sábado, comedia en cinco cuadros.
Los favoritos, comedia en un acto.
El Hombrecito, comedia en tres actos.
Por qué se ama, comedia en un acto.

Al natural, comedia en dos actos.
La casa de la dicha, comedia en un acto
El dragón de fuego, drama en tres actos.
Richelieu, drama en cinco actos. (Traducción.)
Mademoiselle de Belle-Isle, ídem ídem.
La princesa Bebé, comedia en cuatro actos.
«No fuma lores», chascarrillo en un acto.
Rósas de otoño, comedia en tres actos.
Buena boda, comedia en tres actos. (Traducción.)
El susto de la Cond sa, diálogo.
Cuento inmoral, monólogo.
Manont Lescaut, drama en seis actos.
Los malhechores del bien, comedia en dos actos.
Las cigarras hormigas, juguete cómico en tres actos
El encanto de una hora, diálogo.
Mas fuerte que el amor, drama en cuatro actos.
El amor asusta, comedia en un acto.
Los buhos, comedia en tres actos.
La historia de Otelo, boceto de comedia en un acto
Los ojos de los muertos, drama en tres actos.
Abuela y nieta, diálogo.
Los intereses creados, comedia de polichinelas en dos actos
Señora ama, comedia en tres actos.
El marido de su viuda, comedia en un acto.
La fuerza bruta, comedia en un acto y dos cuadros.
Por las nubes, comedia en dos actos.
La escuela de las princesas, comedia en tres actos.
La señorita se aburre, comedia en un acto.
La loca de los sueños, comedia en dos actos.

ZARZUELAS

Teatro feminista, un acto, música de Barbero.
Viaje de instrucción, un acto, música de Vives.
La sobresaliente, un acto, música de Chapí.
La copa encantada, un acto, música de Lleó.
Todos somos unos, un acto, música de Lleó.

PRECIO: 1,50 PESETAS

PRECIO 1,50 PESETAS